



AUGUSTO BARBIER.

El telégrafo nos anuncia la muerte de un poeta francés, cuyo genio ya estaba casi en el nadir: Augusto Barbier. Era ya viejo: contaba tres años menos que Víctor Hugo. Cuando nació, el siglo tenía cinco años: era, pues, de los últimos representantes de esa generación viril que nació el día siguiente de 93, con nueva sangre en las venas y con nuevas ideas en el cerebro.

El genio de Barbier, como una copia de materias explosivas aguardaba la chispa que había de revelarlo, entre las llamaradas del incendio. Esta chispa fué la revolución de Julio. Todo lo que anteriormente había intentado en achaques de bellas letras y poesía, era incoloro y anodino. Su primera y única obra fueron los «Yambos.» El poeta logró por fin acercar á sus labios la embocadura de la gran trompa heroica, cuyos sonos rimbombantes repite el eco de la inmortalidad.

La «Revista de París» fué la primera que dió á conocer el estro viril y agrio de Barbier. El poeta se reveló en una sátira titulada «La Curée—no encuentro la traducción de esta palabra,—en la que fustigaba á la trailla de hambrientos que se encorvaban ante el César nuevo. A esta sátira siguieron—en la misma «Revista de París,» —«El León,» «Noventa y tres,» «Varsovia» y «La Popularidad.»

Casimiro Delavigne, dice en alguna parte de sus obras:

*Nous avons trop d'auteurs que n'on fait qu'un ouvrage.*

Uno de estos autores es Barbier. La nota sonora que encontró



en sus «Yambos» pasó para no volver, como el redoble marcial de los tambores que despierta en las altas horas de la noche á los tranquilos habitantes de una aldea. El regimiento pasa, el redoble se aleja, se desvanece poco á poco, y las ondas sonoras vuelven á cerrarse como la superficie de un lago rugada por la caída de una piedra. La gloria, esa querida de un momento, abandonó al poeta. Barbier corría tras ella como un insensato; pero la esquiva diosa azuzaba con el acicate de oro su montura alada y se perdía en las nubes del Olimpo.

Causa pena seguir con la imaginación esta carrera de la tortuga tras la cierva. He leído alguna de esas obras que Barbier publicó, después de sus terribles «Yambos,» «Los Cantos Civiles y Religiosos,» «Las Rimas Heróicas,» «Las Silbas,» y «Las Sátiras.»

El poeta se esfuerza en vano. Una musa indignada alejó de sus labios la trompa heróica. El ángel, vibrando su espada de fuego, quedó guardando el paraíso. Su inspiración estaba muerta y quiso embalsamarla; mas el cuerpo disyecto, adobado con unguentos y ceñido de bandeletas, exhalaba el olor de los cadáveres.

Las obras en prosa de Augusto Barbier son insignificantes. Yo conozco solamente dos: «Tres Pasiones» é «Historias de Viajes.» Esta última se publicó en París ha pocos meses. La posteridad, que había ya comenzado para Barbier, discurriendo sobre la nulidad de sus obras posteriores, llegó hasta sospechar que los «Yambos» no eran exclusivamente suyos. El poeta, como el Carlos V legendario, presenciaba sus propios funerales. El poeta se sobrevivía.

No quedan, pues, del cantor indignado, más que los hemistiquios enrojecidos de sus «Yambos.» Con ellos se había presentado á la inmortalidad, y esa fué la gran llave de bronce que le abrió las puertas de la Academia, en competencia con Theophile Gautier. Aquella vez, hablando del pagano autor de los «Esmaltes y Camafeos,» Barbier pudo decir lo que Pirón decía refiriéndose á Voltaire: «El hace mosaicos y yo estatuas.» Pero aquella vez, Barbier había mentido como Pirón mintió. Los mosaicos quedaron en el Vaticano y las estatuas fueron á esconderse en los telarañosos accesorios de un teatro.

Barbier no es, como lo quieren sus admiradores, el gran poeta nacional. La tierra necesita la honda herida del arado para que la semilla arraigue y fructifique. Las naciones necesitan que el dolor, ese arado, las desgare, para tener una poesía verdaderamente patriótica. Barbier pertenece á la falange de los poetas políticos, no es

un poeta nacional, es un poeta de partido. Ataca una pandilla, un grupo aislado; pugna con determinada corriente de la opinión, como el nadador que sigue río arriba, lucha y bracea contra la corriente de las aguas. Francia no había tenido poetas nacionales, propiamente hablando. Lamartine, Víctor Hugo, Soumet y Guiraud, cantando el «Nacimiento del Duque de Burdeos,» «Las Vírgenes de Verdun,» las «Víctimas del 21 de Enero» y la «Muerte de Luis XVII,» hacían poesía monárquica. Méry, el marsellés y Barthélemy en la «Véme-sis» ponían su musa á sueldo de las armas napoleónicas. El mismo Víctor Hugo en sus «Castigos,» no es el poeta nacional, en la acepción legítima de esta palabra, es el poeta de la libertad: es el gigante que golpea con su férrea maza sobre el yunque de Francia á todos los tiranos. Como Lamartine en su «Marsellesa de la Paz,» no hace poesía francesa, hace poesía universal. Para el titán no hay divisiones ni barreras, su mirada se espacia por los cuatro ángulos del horizonte y pasa por encima de la montaña, como el águila; en su retina poderosa se reflejan los incendios de Varsovia, las convulsiones de Hungría, las heróicas pugnas de Grecia. Llegan á él los cuatro vientos del espíritu, y su oído se inclina á todos los dolores. Ese es el eco majestuoso que repite la voz doliente de todas las congojas. A cada herida que la humanidad recibe, sangra su pecho. Por esa boca hablan los siglos. No es el poeta francés, sino el poeta humano.

Barbier pertenece á la categoría de los poetas políticos. Su obra está ligada con las pasiones de momento y los ideales perecederos. Francia no tuvo una poesía propia hasta los días aciagos de la guerra franco-prusiana.

El arado pasó por ella abriendo un hondo surco, y el dolor se hizo carne. Los poetas nacionales de ese período angustioso, son Sully-Prudhome, Derouléde y Coppé. Ellos encontraron el grito que lanza la leona cuando le arrancan sus cachorros: la elocuencia indignada del dolor. Beranger, el gran poeta de carácter nacional, el pontífice del buen sentido — pontífice que usaba en vez de tiara un gorro de dormir, — no halló jamás esos arranques viriles de águila desangrada, más no muerta. La poesía de Beranger, es la poesía del Bonhomme cantada por Nadaud:

Il pleut? j'ai mon parapluie!  
Il fait froid? j'ai mon manteau!  
Si, par hasard, je m'ennuie,  
Je m'en vais, voir couler l'eau!



Los poetas de la guerra franco-prusiana no cantaban después de comer, ni escribían oyendo el cadencioso hervir de la grasa en la olla del puchero. Escribían ayunos, escuchando el rodar de las cureñas y viendo cómo la metralla rompía en el aire negro su flor roja.

Barbier no alcanzó esa gloria augusta. La sátira no puede flamear nunca tan alto como la verdadera poesía patriótica. La sátira se arrastra; la oda vuela. Mas en la categoría de los poetas políticos, Barbier ocupa uno de los primeros escabeles. Su verso candente chirriaba al tocar la carne viva. Pero el hierro se enfrió sobre el desnudo yunque, y el poeta no volvió á hallar el horno incandescente de otros días.



A MANUEL LARRAÑAGA PORTUGAL.

«Noviembre 7 de 1893.

Sr. Don Manuel Gutiérrez Nájera.

Presente.

Querido Duque:

Ahí va ese libro, como mío, bastante insignificante; es mi embajador cerca de Ud., y bien sé que para ser recibido es demasiado pobre. ¡Qué más; su traje está zurcido con trozos de todos colores, verdadera capa de mendigo!

En la república de mis ideas, en donde á cada paso se suscitan asonadas y motines, que temo llegue un día en que no pueda dominar y den al traste con mi exígua autoridad, no ha habido bastantes recursos para hacer á mi enviado extraordinario más presentable: sin embargo, dignese Ud. recibirlo. Es demasiado humilde, pero lleva la expresión sincera de mi afecto y de mi admiración por Ud.

Mucho he de agradecerle, si tan afortunado soy, que lo reciba Ud. entre sus libros, y le conceda un momento, que me diga cuanto de él piense y la impresión que le cause.

Su amigo y seguro servidor que lo aplaude y admira. — *Manuel Larrañaga Portugal.*»

He consentido en publicar la carta de Ud., amigo mío, á pesar de las frases lisonjeras que para mí tiene, porque esa carta señala modestia en quien la escribió, y la modestia, siendo tan recatada co-



mo hermosa, sale poco á la calle: así que, cada vez que la vemos hemos de saludarla con cariño y detenerla con respeto para sabrosamente conversar.

Ya está, Manuel, mi nuevo joven y gallardo huésped, en el alojamiento pobre que muy de buena voluntad le dí; no entre libros que atedian á los poetas, ni oprimido por gruesos volúmenes, ni revuelto con plebeyos ni manoseados papeles, sino en la sala de armas donde esplenden los TROFEOS de José María de Heredia, el orífice insuperable del SONETO. Ahí le tengo para que pruebe las armas con Abelardo López de Ayala y Numa Pompilio Llona, los dos sonetistas más airosos y diestros que conozco de cuantos esgrimen habla castellana.

Tiene Ud., buen amigo, entre otras varias cualidades seductoras, una que por igual cautiva á caballeros y á damas: el valor. Confíesole que me desespera y pone miedo la perfección del soneto, no producto de muy paciente labor china, como quieren algunos, sino obra de prócer-mosaísta. Saint Beuve, en un rasgo más de poeta que de crítico, definía el soneto diciendo que «es una lágrima dentro de una gota de rocío.»— ¡Qué trabajo el de encerrar aquella diáfana amargura dentro de esa fresca limpidez!

¡Y qué diré del tal soneto, después de haber leído y releído *Les Trophées* de Heredia! ¡Ah, en verdad abruma la impecabilidad de ese poeta! Si no fuera porque es delito blasfemar, diría que á ratos cansa la virtud artística, sin arrugas ni máculas, del Aristides que nombré.

Ningún poeta francés de la época presente, ni Leconte de Lisle, le supera en pulcritud, en limpieza, en atavío imperial: ha escudriñado todos los secretos de la forma; ha vencido todas las dificultades y todas las asperezas del idioma; doma la idea, pule la frase, esmalta la imagen; rebusca el vocablo que esculpe, que colora ó que canta; traza con inflexible precisión la línea; redondea por sabio modo cada ángulo; y cuando el soneto, ya acabado, al aire libre, prende y matiza los rayos de luz en sus facetas, no corre ninguna gota de sudor por la apolínea frente del artista, ni algo saliente, hinchado en su musculatura, indica el pujante esfuerzo que requirió la magna obra. Con razón dice de él Julio Lemaître que ha escrito «sonetos tan llenos que valen tanto como largos poemas y tan sonoros que, bastando la voz humana para recitarlos, se ha menester decirlos en broncea trompa.» Paul Verlaine, refiriéndose al mismo Heredia, ha dicho que «el soneto ha tenido en ese español singularmente francés, su

gran poeta definitivo.» ¡Oh, á ese fastuoso soberano del ritmo, del color y la eurytmia, hay que acercarse con las manos llenas de dones y los ojos bajos!

¿Traducir á Heredia en verso castellano. . . . ? ¡Qué locura! ¿Hacer sonetos después de Heredia. . . ? ¡Qué temeridad! Y sin embargo, Manuel, Ud. tuvo ese arrojito, fué temerario, noble y altamente: la Fortuna prometida á los audaces, le ha premiado. Como los CONQUISTADORES que pinta Heredia en admirable soneto, yendo á la conquista del «fabuloso metal» que Cipango acendra en sus lejanas minas, partió Ud., hendiendo el «azul fosforescente del mar de los trópicos» que le halagaba como en sueños con áureos y perennes espejismos, y asomado en la «carabela blanca» vió surgir del piélago profundo y remontarse al cielo desconocido, nuevos astros.

La tarea debe haber sido ímproba. En el idioma castellano—dice un crítico muy entendido, Don Manuel de la Cruz—menos trabado que el idioma francés y por su índole menos expresivo, acaso Heredia no hubiese podido ejecutar sus maravillosas miniaturas de líneas, colores y sonidos. No obstante su sonora pompa y su tendencia ingénita á la amplificación, que lo hacen tan apto para el eufemismo, por la misma opulencia de su caudal, contiene todos los elementos propios para realizar en prosa ó en poesía labor idéntica á la realizada por Heredia en su lengua adoptiva. Pero esa opulencia del castellano redundaba en daño suyo: raro es el escritor cuyo vocabulario corresponde á la riqueza del idioma; muchos iterativos al par que tantólogos hacen pensar en la lucha primitiva del cerebro de un cafre, preparado para manejar dialecto rudimentario de alaridos y silbidos, y empeñado en adoptar por instrumento de expresión un idioma pródigo, de matices incontables que lo anonadan y ahogan. Recuerdan los más el estado del hombre primario, inerte ante la fiera armada de sus garras, desnudo ante el sol que lo tuesta y el frío que lo entumece; ignorante de que bajo el pedruzco que pisa su planta desgarrada, está el hierro con que puede abatir á los reyes de la selva; en la hierba, la fibra que puede librarlo de las quemaduras de la luz; y en el vellón de la oveja ó en el copo de nieve del algodónero, la lana que lo escudará de los dardos punzantes de los hielos. Nuestro arcaísmo no es, en rigor, la moneda que pierde su ley en la circulación; es la hoja de Toledo que la incuria y la ignorancia abandonan á los estragos de la intemperie y á la voracidad del tiempo. Así se explica que un filólogo cómo el venezolano Ba-



ralt calificara como espúreos galicismos numerosas palabras del más rancio abolengo, y así se explica, en consumados hablistas, el horror invencible al neologismo, aunque ésta sea la expresión de una necesidad ineludible.

Usted, Manuel, ha sorteado en sus FLORES DE IRIS los obstáculos más recios; ha escogido bien las palabras para producir determinadas sensaciones; y su trabajo prismático deslumbra, como que refleja y despide, en haz de brillantes dardos, nuestra luz; encanta por su tersura y pulimento, como obra de tenaz y óptimo lapidario. «La nota más grave que el ojo humano puede percibir es el rojo, dice Briat, y la nota más aguda es el violeta:» entre esas dos notas extremas están comprendidos todos los colores del íris.

Del rojo al violeta se extiende el dominio señorial de Ud. Proceden de Heredia esos sonetos — ¡qué mayor elogio! — por la forma policromática y cincelada: son rignosamente «parnasianos.» ¡Qué collar tan rico! ¡Para cuello de reina oriental lo trabajaron! Del ángulo flotante de Iris «la aérea y vaporosa,» de Iris la que en sus sandalias y en sus hombros lleva alas de oro; la que lleva en la diestra el cadúceo y en la siniestra mano el canastillo colmado de jugosos frutos; la de túnica larga y breve pie, cayeron esos sonetos luminosos

Cuentan los amigos íntimos de Ud., que no le costó esfuerzo ni perseverancia el escribirlos: al cielo azul, cuando anochece, no le cuesta trabajo hacer estrellas.

¡Qué magnífica es, Manuel, la juventud, si el genio la fecunda!

Siga Ud. amando á la mensajera de los dioses, siga ascendiendo por el arco-íris que une las profundidades del Océano con la cumbre del Monte Ida, y cultive el soneto, «la estrofa única cuya simetría nace de la semejanza de una sola serie con un tipo mental conocido.» Ame la luz. . . y no olvide á la doliente y pobre sombra, que también la sombra tiene astros. Lemaître aconseja á Heredia esto: «hojear, antes de acostarse, catálogos de espadas, armaduras y muebles antiguos; pero al propio tiempo, echarse de bruces con más frecuencia sobre la roca musgosa en que soñaba Sabínula.»

Yo me permito aconsejar á Ud. que á veces guarde una lágrima dentro de irisada gota de rocío.



IPANDRO ACAICO.

Si no conociera por experiencia propia la honradez y buena fe de la casa editorial Ignacio Escalante, me atrevería á afirmar redondamente que habíamos sido víctimas de una criminal superchería. Quitemos veinte ó más composiciones que justamente podríamos apellidar de circunstancias, y yo os fío que las restantes de este libro pueden pasar por extremadas traducciones de algún poeta helénico desconocido. No, Ipanдро Acaico no parece, ciertamente, un ingenio de nuestra época: tiene algo de aquellos poetas

A cui natura

Parló senza svelarsi, onde i riposi

Magnanimi allegar d'Atene é Roma;

á ejemplo de Leopardi, podría vender al público, como una traducción de Mosco, algún idilio suyo; nada hay en él que revele al poeta de nuestra edad, filósofo, sombrío, con la duda cartesiana en el espíritu y la sonrisa de Voltaire en los labios; no, nuestro poeta tiene la olímpica serenidad de un vate griego; la naturaleza habla á sus oídos con el lenguaje de los primeros días; posee el arte de aflagrar la frase, de hacer de cada verso un trozo de mármol pentélico alumbrado por el sol ardoroso de la Grecia; maravilla su sobriedad en el adorno y su sabor ático en la forma; no suele ser sentimental; pero es siempre estético; cualquier conocedor le tomaría por un poeta italiano del Renacimiento. ¡Cómo evocada por su pluma excelsa, surge de súbito la olímpica falange de los dioses! Vuelve á tomar



Pan el dulce caramillo; brota Cítere de las húmedas ondas de Neptuno; despiertan las ninfas de los arroyos y corren juguetonas por las azuladas montañas de Thesalia; aparece un nuevo reinado de Saturno, un nuevo día de Astrea; Narciso, el hijo de la cerúlea ninfa, Kiriope, torna á emprender su marcha por los bosques con el arco en la espalda, la flecha en la mano, enamorando á las flores que doblegan humildes sus corolas para morir dichosas á sus plantas; Diana, la casta reina de las noches, baja á besar la frente de Endimión dormido; las náyades se bañan en el límpido manantial que brota de esponjosa peña; se pueblan de sílfides los aires, de dríadas las cavernas; Eolo refrena el aliento ó desencadena á su sabor los huracanes; la ninfa Hesperia enjúgase el cabello en las orillas del Cebreno; Baco se corona de pámpanos, Vénus de myrthos, Apolo de laureles; Circe, la encantadora, vuela rozando con sus alas de incomparable nitidez, las crestas espumosas de las ondas; Tysifone, con su cabellera de víboras, su manto empapado en sangre, ceñido el cuerpo por un cinturón de serpientes, avanza con roja y funeraria antorcha en la siniestra mano, y llega hasta el lecho donde, con tranquilo sueño, duermen Athamas y su esposa, y arrancándose sus animados cabellos, que silban y destilan veneno y chasquean y muestran rojas lenguas, los esparce sobre el seno de sus víctimas, para que hinquen sus dientes y los muerdan con terribles mordeduras, á la vez que un veneno formado por las substancias más letales del infierno, se escapa y se dilata por los aires, penetra en los pulmones, los abrasa, y abrasa también en ellos la existencia; la hermosa Iris extiende sus matices en el cielo como el pavo real su cola espléndida; el rocío cuelga sus gotas cristalinas, desciende á los tortuosos senderos, á las profundas tinieblas, al hondo silencio de la bajada de los muertos á la eternidad, abierta entre los meffíticos vapores de la laguna Estigia; y las plomizas aguas del río Letheo se pueblan de fantasmas, pálidos como la ictericia y terribles como el remordimiento, sin huesos y sin pelo, pero con destello fatídico en los ojos, semejante al revolotear de fuegos fatuos sobre el sangriento campo de batalla; y de todo este conjunto de monstruosidades y grandezas, bajo un cielo de cristalina transparencia formado por los átomos que andan como lluvia eterna en lo infinito, moviéndose en danza perpetua y componiendo misteriosos círculos, ya cayendo en polvillo brillante sobre las ténues alas de la mariposa, ya enrojeciendo las tintas de la aurora, ó condensándose en cristal de roca ó escapándose y desvaneciéndose en

el humo; á la orilla de lagos apacibles no desflorados nunca ni por las hojas de una rosa ó de una violeta, ni por las alas de una ave, de un insecto; bajo la sombra del plátano gallardo del Pireo, de este tálamo misterioso de la naturaleza, surge la estatua griega con el cántico en los labios y la radiosa inspiración en la frente, símbolo de aquella edad de síntesis suprema, en que la vida del hombre y la vida de la naturaleza se confundieron y se identificaron en el lecho de amores de la Grecia!

Esta resurrección maravillosa de la mitología, de esa augusta desterrada de nuestra literatura; esta resurrección de la forma helénica, de la severa forma clásica, encerrando el espíritu cristiano como en urna blanquísima de mármol, trae á la memoria el gran trabajo de unidad emprendido y llevado á cabo por el Renacimiento. A veces me inclino á creer—Dios quiera perdonarme la blasfemia,—que Ipan-dro Acaico, como poeta y como artista, tiene no poca semejanza con el apóstata Juliano. A fuerza de traducir á los bucólicos griegos, ha llegado á impregnarse de ese perfume indefinible que, si la frase se me permitiera, diría que huele á yerba fresca. Sus versos creyéranse tallados por un cincel helénico. Pudiera decirse que su estilo es transparente. ¡Cómo cobra nuevo ser y nueva vida en esas páginas la pros-crita falange de los seres mitológicos! ¡Qué elegancia en la forma! ¡Qué tersura en la frase! Vuelvo á decirlo: si no estuviera palpablemente convencido de lo contrario, afirmarí que algunos de sus versos pertenecen á un poeta del Renacimiento. No se encuentra en ellos esa renuncia de la naturaleza que caracteriza á los poetas de los siglos medios; tampoco tienen nada del arte elegíaco y satírico de los romanos, verdadera descomposición del clasicismo, último suspiro del dios naturaleza; ni del arte místico, desaliñado en la forma, pero casto y tiernísimo en el fondo, arte asceta y macerado de los primitivos cristianos; no son teológicos como los tercetos del Dante, ni melancólicos como las raras cántigas de trovadores y sirventesios provenzales; no, allí la naturaleza celebra sus nupcias con el espíritu, allí el amor á la forma resucita; creyéranse ideados en la Atica, á orillas de la fuente del Iliso que murmura mezclando ese murmurio de sus aguas con el chirrido de la cigarra escondida en los haces de trigo que el labrador amontona por las tardes; en las majadas y en los oteros que escucharon los regalados versos de Teócrito; á la sombra de los olivos y los myrthos del valle de Colonna; entre el coro de ruiseñores que se aunaba á los cantos poéticos de Apolo desde las ramas y los



laureles del Himeto; en las orillas del Mediterráneo, de ese claro espejo que reflejó á la Pitonisa rasgando su blanco velo, su corona de verbena, y arrojando lejos de sí el áureo tirso que empuñaba en antes desde su excelso trípode, y que recibió en su húmedo seno al alma de la Grecia, de esa escultora clásica del hombre, caída como estatua funeraria sobre el derruido altar del gentilismo.

Pero en Ipanδρο Acaico, al lado de ese amor á la belleza plástica, encuéntrase la irreprochable pureza del espíritu. Es el *Homo Duplex* de que nos hablan los antiguos. El culto á la forma no llega nunca en él á sofocar la idea. El misticismo, esa evaporación de nuestro espíritu, brota á cada paso de sus versos. ¡Oh, y el misticismo es una fuente inagotable de poesía! Santa Teresa de Jesús, escondida en el ángulo más obscuro de su celda, abrazando con sus nerviosos brazos los pies del Santo Crucifijo; vestida de un sayal burdo y grosero, ceñida por durísima correa; con las rodillas en las duras losas y el alma en los espacios celestiales; llamando á grandes voces á la muerte, porque la muerte no era para ella más que la espada tremenda del arcángel que corta las ligaduras terrenales, abriendo así la cárcel del espíritu; Santa Teresa de Jesús, decía, es la más perfecta encarnación de esa poesía mística que trasciende á los lirios orientales; de esa poesía eremita y macerada, que perdiéndose en idealidades hermosísimas, debe subir al cielo como las espirales del incienso, dejando al espíritu del hombre sumergido en un éxtasis delicioso. En esta poesía asceta y fervorosa es también extremado Ipanδρο Acaico. Tiene la unción del peregrino que con las sandalias todavía cubiertas por el polvo venerado de la Tierra Santa, oreados los cabellos por las brisas de la Palestina, apoyado en el bordón de viaje, trayendo en su grosero saco de camino todo un tesoro de reliquias preciosísimas, llama á la puerta de humilde hospedería, y mientras la frugal cena se prepara, rodéase de las curiosas mujeres que le dirigen una lluvia de preguntas; de los niños, que, despertando de su sueño, se sientan en el pobre jergón y con gesto asustado le contemplan; y allí, repasando su memoria, relata una por una las grandezas de la Tierra Santa, extiéndese ante su vista el magnífico panorama de su viaje, y concluye su magnífico relato con una ferventísima plegaria.

Pero ¿sientan bien á los arranques místicos, á las leyendas religiosas, á las efusiones del amor divino, esos arreos vistosos y galanos, esa vestidura espléndida y profana, tomada ciertamente de los

grandes modelos clásicos que han sido y serán siempre los maestros inmortales de la forma? ¿No es más cristiano Fray Luis de León, cuando deja que su espíritu escape en efusiones tiernísimas, sin rebuscar los ornamentos de la frase, si no son aquéllos que en manera alguna perjudican á la sencillez y naturalidad del pensamiento? ¿No es mil veces más cristiano Beato Angélico, cuando traza con pincel sencillísimo esas vírgenes en que la misma materia se idealiza, sirviendo como de cristalina cárcel al espíritu, que no Rafael, cuando con arte maravilloso pinta sus Madonas, imágenes de la hermosa Fornarina? ¿Este consorcio de la belleza pagana con el espíritu cristiano, es hacedero?

No seré yo, indudablemente, quien dé contestación á estos problemas. Yo de mí sé decir, que me enamora el arte en donde quiera que lo hallo; que así me deleito con las fruiciones místicas que causan las ideales vírgenes de Beato Angélico, como me maravillo y me entusiasmo con las Madonas, más húmedas, es cierto, pero más bellas, del pintor de Urbino. Por eso he recorrido con avidez las páginas de Ipanδρο Acaico. Yo no sé si es un teólogo, no sé si es un filósofo: sé que es un artista. Tiene la serenidad de un río caudaloso que apacible corre entre verdura. La luz ha penetrado á oleadas en su cerebro. Su poesía parece que se escapa gota á gota como el agua de un manantial escondido. En su paleta hay sólo tres colores: el azul, el blanco y el gris-perla. No es un mar que hierve, es un arroyo que se desliza. Pudiera aplicársele aquel elogio de Cicerón:

Quicquid come loquens ac omnia dulcia dicens.

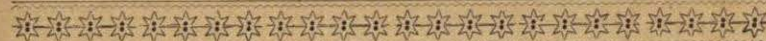
Cuando habla del infortunado Emperador Maximiliano, tiene toda la gallardía y la gentileza de un vate de la corte. Cuando se entretiene en sabrosas descripciones, recuerda las églogas inmortales de Virgilio. Muchas veces, al recorrer sus recamadas estrofas, se me ha venido, sin querer, á la memoria, aquella égloga IV, en que el cisne mantuano, rasgando el velo de los tiempos con esa admirable previsión que sólo posee el genio, pide amparo á Lucina y á Apolo, porque va á decir los secretos y los misterios de las Sibilas, invoca á las musas de Sicilia para que eleven su cántico á los cielos, y profetiza la venida de Jesús, diciendo que una nueva progenie ha descendido, que la tierra va á ser purificada de sus manchas y la conciencia de sus errores; que el nuevo Redentor despojará al león de



su fiereza y á las serpientes de su astucia; que un nuevo orden nacerá del seno de los siglos, y la naturaleza se colmará de frutos y los hombres de virtudes; irán las juguetonas cabras al aprisco y entregarán de grado sus tetas cargadas de leche; el buey no sentirá el peso de su yugo ni la yerba la mordedura de la hoz; las adelfas perderán su ponzoña y las almas sus inquietudes, porque los antiguos dioses huyen y en el horizonte de los tiempos amanece el día eterno, el día esperado, el día bendecido de la nueva era.

¡Cuánta melancólica poesía encierra aquel preciosísimo soneto consagrado á la memoria de su padre! Ausente en lejanas tierras, cuando el pálido espectro de la muerte vino á sentarse junto á la apagada lumbre de su hogar, eleva á la memoria de su padre un cántico sencillo, y con honda aflicción convierte al cielo sus miradas: ¿por qué no le fué dado sentarse á la cabecera de aquel lecho, en donde agonizaba la prenda más querida de su alma? ¿por qué sus trémulas manos no cerraron aquellos párpados tantas veces humedecidos por sus besos? Sacerdote extraño le ayudó en el durísimo pasaje á la eternidad; acaso el pobre anciano quería depositar en el seno de su hijo sus últimas y santas confidencias; pero un inmenso piélago los separaba, y ni siquiera tuvo el triste huérfano el consuelo dolorosísimo de acompañar al fúnebre cortejo hasta que la tierra hubiese ya cubierto aquellos restos venerados y caros para su alma! Podría aplicarse á este soneto aquella afiligranada frase de Saint Beuve: es una gota de esencia encerrada en una lágrima de cristal.

Ipandro Acaico podrá no ser un gran poeta; pero es seguramente un gran artista.



ALFREDO BABLOT.

Acaba de morir el más valiente, el más elegante, el más simpático, el más hábil revolucionario de la prensa mexicana.

Zarco personificó la prensa de los grandes combates, de las batallas campales: fué el publicista en la más alta acepción de esta palabra. Y por aquel entonces Bablot era el que regía corcel más ágil, de escarceos airosos, de gualdrapas deslumbrantes, de lomo que espejeaba como raso nuevo. Los acicates del ginete eran de oro y vestía él de rica seda. ¡Qué campeón tan gentil y tan gallardo! En la crónica desnudaba el florete de pomo cincelado y se batía con la arrogancia y la destreza atribuída á los mosqueteros de Luis XIII. Maestro en todo género de esgrima, él enseñó la esgrima de la gacetilla, y era esta, en su mano, como daga florentina. Ninguno estoqueaba con más rapidez y galanura; ninguno tenía como él tino tan grande para irse á fondo en el momento preciso; nadie tan experto para las fintas y los quites. El inventó en México la gacetilla avispa, la gacetilla luciérnaga, la gacetilla *no me olvides*.

En aquel tiempo sus aficiones artísticas, sus conocimientos musicales, su buen humor, llevábanle al teatro y á escribir de teatros le obligaban. El primer periódico que fundó en México, el *Dague-rrrolipo*, estaba dedicado especialmente á tratar de ocurrencias teatrales. ¡Y qué verba, qué denosura y qué elegancia hay en esas crónicas de ópera que publicó durante varios años en el *Siglo XIX*! No ha tenido ese diario cronista de mayor fuerza, ó, mejor dicho, de más